

dar de comer a su hijo, soportar los defectos de su marido e incluso, reñir con él para intentar mejorarle («no se intenta mejorar a quien no nos importa»). Por su parte, Ulises tenía una visión más literaria del amor: «Si el amor no es una ventana abierta por donde entren la luz y la alegría, no es nada. Si el amor no nos sirve para vivir, no es nada. Si, en lugar de endulzarnos las penas que nos da la vida, nos la amarga, no es nada: peor que nada. Si, por amor, nos dedicamos a destrozarnos a una persona, a devorarla, no estamos en situación de exigirle que siga a nuestro lado...» Esta fue, en realidad, la razón fundamental de la separación.

Gala, se sirve del diálogo entre el viejo mendigo extranjero y Penélope (sin que ésta sepa aún que se trata de Ulises), para poner de manifiesto los motivos a los que él atribuye la partida del héroe. Del mismo modo, para explicar su evolución sentimental, el autor se remonta en el periplo odiseico de Ulises y abre el telón de su obra en el momento en que, tras haber naufragado junto a la isla de los feacios, vive un idilio con la joven princesa Nausica, a espaldas del padre de ésta —Alcínoo, rey de Feacia—. (En el relato original, no se da tal relación entre Ulises y Nausica, sino que este episodio da pie a que Ulises narre a Alcínoo y sus vasallos las aventuras que constituyen la parte central de su *Odisea*.)

Gala ha querido presentar esta ficticia relación amorosa previamente al retorno de Ulises a su patria, para poner de manifiesto el cansancio y la carencia de ideales que domina ya al héroe. Pasado su deslumbramiento por esta última «cana al aire» y entibiada su pasión (poco juvenil ya), Ulises advierte la incompresión de la joven y ve aproximarse el desamor de ésta, que es incapaz de valorar lo que le ofrece, salvo el amor físico. Nausica acaba hartándose de un Ulises que, más que un héroe (de una guerra que ella no entiende, dada su amoralidad juvenil), es el pertinaz y redundante narrador de su propia heroicidad pasada. Hastiado de cumplir las exigencias de mostrarse fascinante en sus aventuras amorosas, Ulises sueña con refugiarse en la cotidianidad de la vida conyugal, junto a una esposa que le reciba amablemente, comprenda su ausencia y las infidelidades propias de un esposo mítico, y le exima de seguir representado ese papel, tan fatigoso, de símbolo para la humanidad. Llegado a esta situación, Ulises regresa no por amor, a su patria ni a Penélope, sino porque «siempre se vuelve». Ulises vuelve para descansar y porque «lo que una vez fue nuestro y



Antonio Gala

perdimos nos atrae siempre; pero sólo porque lo perdimos». Al llegar, cumple su función de matar a los pretendientes de su esposa, tal como estipula la leyenda, y libera a su esposa de la obligación de casarse con el vencedor de la tradicional prueba del arco. Pero Penélope, sigue sin ser tal como él la había soñado cuando tuvo que afrontar la idea del regreso. Es la esposa cicatera de siempre, que le reprocha su marcha, su ausencia y el hecho de no haber cumplido sus obligaciones matrimoniales, paternas y regias. A pesar de ello, Penélope es la única que, por ser su esposa, accede a recibirle tal como llega: con las manos vacías, envejecido, artero, malicioso y sin hombres, botín, ni gloria. Le ama tal como es (siempre lo hizo así, pero el joven Ulises no había entendido eso), y vuelve a imponer su dominio en el hogar, como al principio. Se ha producido el desenmascaramiento: Ulises no responde a la imagen embellecida, sublimada y falsa que él ha querido ofrecer de sí mismo. Ahora se somete sin rechistar a la voluntad de su esposa porque resulta más cómodo («Todo está en orden. Todo está bien. Es bueno tener al lado una mujer que se ocupe de todo...»). Así, Ulises acaba despidiéndose de «Ulises» cuando entra en la alcoba de su esposa. Con la vuelta a la comodidad del hogar, donde no tiene que tomar decisiones, se han acabado sus correrías legendarias.

Mientras que en la obra de **Buero** del mítico matrimonio no había quedado más que la apariencia, **Gala**, entiende que el matrimonio es lo único que perdura. Para éste, el matrimonio está bien inventado porque lo han instituido los hombres a su propia medida; es cómodo de llevar, resistente si se le trata bien; y, sobre todo, evita el agobio de pensar que si el amor se termina o funciona mal se puede caer en la soledad. «Porque se puede vivir muy bien sin amor. En sociedad con la persona que se ha amado. Con el socio de ayer. Vivir de amables réditos, de esas pensiones no muy grandes que cobran los que se jubilan. Ya hasta la muerte.» Así, pues, en la obra de **Buero** lo que queda del matrimonio de Ulises y Penélope es una cáscara, una apariencia salvadora del prestigio legendario y encubridora de una verdad rebelde. Por el contrario en la obra de **Gala**, la pervivencia del matrimonio supone un amable —y, a la vez, terrible— conformismo. Sin embargo, yo no me atrevo a sentenciar cuál de los dos enfoques refleja más fielmente la trágica esencia de «lo español».

PEDRO GONZÁLEZ COELLO

